

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UNIFORMIDADES

EL BIEN POLITICO MAXIMO

EN el nuevo catecismo político, el «Astete-Ramírez», que ofrecen a los españoles los dómicos del inmovilismo, surgen, dentro del simplismo infantil con que están redactadas, algunas cosas tan pittorescas como esa del «bien político máximo» de las sociedades que es, al parecer, la uniformidad del pensamiento. Si en un país toda la gente opina del mismo modo, se producirán por lo visto inmensos bienes materiales y morales en la nación. Si, en cambio, existen divergencias y discrepancias o grupos sociales, religiosos o políticos diferentes, se seguirá indefectiblemente la decadencia y ruina del país en cuestión. País uniformado es país en auge, en apogeo, en felicidad. País con mosaico de variedades profundas es nación debilitada, degenerada, vencida. «La nacionalización unitiva» es el secreto de la grandeza de los pueblos. Para llegar a ella, todos los medios, los sistemas, las tácticas, son justificadas. Tal es la buena doctrina.

¿Existe de veras algún país, alguna nación sobre la tierra en que ese «bien político máximo» funcione? Nosotros creemos que no. ¿Habrá por ventura alguien tan simple que suponga que en los países del Este europeo, en la Unión Soviética, en la China de Mao, la unidad de pensamiento sea una realidad libre, volitiva? Cualquiera sabe que se trata de un monolitismo dogmático impuesto por la fuerza que ahoga las libertades naturales de la sociedad y los mínimos derechos de acción y de expresión humanos. Y ¿a eso se le puede llamar «bien político máximo»? En el corazón de la vieja Europa se hicieron en los años treinta dos memorables experiencias de «nacionalización unitiva», en Italia y en Alemania, basándose en, casi literalmente, los mismos argumentos histórico-polemicos del catecismo Ramírez, bien que referidos a sus respectivas naciones. El resultado es conocido. Una guerra de atroces consecuencias —casi cincuenta millones de muertos—, las más horribles prácticas de genocidio llevadas a cabo en el Continente desde el Imperio Romano y un lamentable final de los dos protagonistas del «bien político máximo» en las sociedades germana e italiana.

Gran Bretaña ¿es un país que tiene unidad de opiniones? Ciertamente, no. Sus habitantes discrepan libremente sobre casi todo. Coexisten religiones, culturas, grupos políticos y sociales bien diferenciados. ¿En qué coinciden, en qué unidad mínima convergen sus aspiraciones? En respetar las reglas del juego constitucional, una de las cuales es, precisamente, la de mantener vivo el mosaico dispar de los criterios individuales y colectivos. Y como legítima consecuencia, el turno abierto de poder para los sectores políticos que, enfrentados al gobierno, pugnan por sustituirle apelando a la libertad mayoritaria de las opiniones. ¡Pobre Gran Bretaña! ¡Qué complejo debe sufrir por no haber alcanzado en tantos siglos ese bien óptimo de la uniformidad! No se comprende cómo con ese sistema tan decadente, tan funesto, tan debilitador, pudo hacer frente a la Alemania de Hitler. Esta, en cambio, con su unidad de pensamiento res-

planteante, con sus SS embotados y embanderados, con sus hornos crematorios y sus campos de concentración al servicio de la nacionalización unitiva debía de ser invulnerable. Pues ocurrió exactamente lo contrario. Gran Bretaña consiguió vencerla del todo, en los campos de batalla. ¿Habrá en ello algún error histórico o se habrá equivocado el destino?

¿Estados Unidos es nación uniformada o plural? Parece obvia la respuesta. En la enorme caldera de fusión de aquella República entran continuamente ingredientes de diversa especie: inmigrantes europeos y puertorriqueños; gentes de color; grupos religiosos variadísimos; jóvenes contestatarios; perseguidos políticos. Si hay una comunidad varia y conflictiva en el mundo moderno, lo son los Estados Unidos. Si hay un clima intelectual de libertad expresiva llevado al extremo es en la sociedad americana —pese a lo que se diga— donde se da. Norteamérica es el país más distante del «bien político máximo» de la doctrina Ramírez. Pues bien: he aquí que se enfrenta allá por los años cuarenta con un Imperio de rígido uniformismo patriótico, mental y social: el Japón. La solución no debía tener duda. Se trataba de un enorme coloso envarado en el armazón castrense de la suspirada unidad doctrinal que además es expansiva y agresora. Lo que tenía delante era una decadente democracia liberal, hecha en mil retazos contradictorios, dividida en subgrupos, en iglesias, en opiniones, en razas. Aplicando el luminoso descubrimiento se podría haber pronosticado la rápida y total «debacle» americana, con el almirante Tojo dictando sus condiciones de paz en San Diego y Franklin Roosevelt o Harry Truman comiendo arroz con palillos en una isla del Pacífico hasta el fin de sus días. Sucedió, en efecto, lo contrario. Algo debe fallar en la teoría. ¿Qué será?

Suiza es de todas las naciones europeas acaso la que haya logrado en los últimos ciento cincuenta años más estable vida pública, más alto nivel cualitativo de convivencia ciudadana. ¿Posee la Confederación Helvética el supremo bien? Coexisten en ella tres culturas lingüísticas diferentes; varias iglesias y creencias activas; comunas locales autónomas; cantones prácticamente independientes. ¿Uniformidad política? Ninguna. ¿Unidad doctrinal? Menos. Pluralidad. Discrepancias. Libre debate. Concejo abierto. «Referendums» frecuentes. Esos son los signos predominantes de su vida pública. No hubo en ella desde hace un siglo guerras civiles, ni revoluciones, ni subversiones, ni lucha exterior, ni miles de muertos sacrificados en el altar de ningún dogmatismo. ¿Necesita Suiza el «supremo bien»? A mi modesto entender en absoluto. ¿Es una nación debilitada, decadente, en ruinas? Es el símbolo misma de la fuerte prosperidad.

¿Cuál es el bien supremo de una comunidad? Depende de la filosofía de cada sistema y de cada época, el responder a esa pregunta. Los pueblos más evolucionados de la civilización cristiana buscan hoy la mejor finalidad de una nación en la promoción de los valores del hombre, en hacer de cada miembro

de la sociedad una persona libre y responsable. Para ello hay que darle medios instrumentales educativos; campo de actividad laboral e intelectual; principios de libertad crítica e informativa; capacidad de creación y de novedad; sitio y ámbito para lograrse en plenitud; coordenadas legales de progreso y de independencia; hábitos de respetar al prójimo; medios de expresar su voluntad política y profesional; acceso a los niveles de decisión en las opciones colectivas; caminos, en definitiva, para devenir un ser humano completo, no una cosa, ni un muñeco pasivo que calla, sufre y obedece.

Ese es uno de los objetivos primordiales de los pueblos democráticos del Occidente europeo en lo que se refiere a la coexistencia nacional. Reviste naturalmente, matices, variantes y diversas interpretaciones según cada país. Y como todo ideal, comporta coeficientes de considerable rebaja en su aplicación práctica. Pero el sustrato homogéneo de esos puntos de vista está ahí, en la raíz común de la vida pública de Gran Bretaña, de Alemania, de Italia, de Escandinavia, de Francia, de Austria o del Benelux. Sería negar la evidencia discutir el aserto fáctico.

Hay otros pueblos, otros gobiernos, otros políticos que no piensan así. Son, por ejemplo, los que dicen: «ante todo la unidad, la uniformidad del pensamiento». Pero ¿qué es la unidad? ¿No se trata quizá de monopolizar una determinada interpretación de la vida del país, de su historia, de sus aspiraciones, de su existencia colectiva? ¿No se trata de explicar la cultura nacional como ámbito educativo de una sola clase dominante, de una concreta estructura social? La uniformidad a golpe de bombo y platillo ¿no es una imposición que de suyo impide y destruye la eclosión individual del criterio libre de la persona, del hombre? De esa centralización monolítica artificiosa ¿no se pasa inadvertidamente a perpetuar las oligarquías clásticas o ideológicas que se identifican casi siempre con los dogmas unitarios en provecho del «statu quo ad infinitum»? Los ejemplos son obvios. La «unidad de la clase obrera» en Rusia ha terminado en la perpetuación en el Poder de un clan. Las «unidades» revolucionarias o castrenses han justificado la persistencia de los mismos grupos en el mando de Egipto, de Grecia o de Cuba. ¿Cómo olvidar el grado de unificación doctrinal a que llegó Santo Domingo bajo la presidencia de Trujillo? Me detengo aquí para no seguir enumerando lo que conoce cualquier mediano estudiante de historia política.

El supremo bien de una comunidad es que los ciudadanos respeten al máximo, por libre consenso de sus voluntades, las formas y las leyes de su vida colectiva, las normas vigentes del negocio público. Esa es la verdadera unidad de un pueblo. Esa es la nacionalización unitiva realmente fecunda en la vida de un país.

José María de AREILZA

MORALIDADES

UNA VIRTUD QUE DECAE

DESDE luego, yo no comparto esa especie de «pesimismo» barato —y, en el fondo, interesado— que trata de pintar nuestra época como el no va más de la crápula y la degradación. Y conste que ahora empleo las palabras «crápula» y «degradación» con el mismo rigor con que lo habría hecho un predicador cuaresmal de hace un cuarto de siglo. No: considero capcioso el juicio negativo. De hecho, y tomadas las cosas estadísticamente, la gente de hoy no suele ser «peor» que sus antepasados. Entre otras razones, porque los «antepasados» en cuestión no fueron —nunca— unos angelitos, por decirlo así. Siempre tuvieron pica las ocas. Y no vale argüir que algún «ayer» cualquiera destaca por la abundancia de personas virtuosas. La afirmación sería inexacta. Los santos que registra la historia constituyeron, en su momento, una excepción: por eso, precisamente, llamaban la atención y consiguieron su título. En este instante, y en muchos rincones del mundo, habrá individuos sin duda, tan heroicos en su ramo como pudieran serlo los incluidos en la lista del santoral. Si no logran tanta admiración ni tanta referencia, es asunto diferente. Pero existen. El resto del vecindario funciona como de costumbre. Con sus «costumbres»: no demasiado «corrompidas», por cierto.

Quizá convenga dejar claro este punto: la «virtud» —en el sentido justo del vocablo— rara vez ha sido «costumbre» para las muchedumbres. Y poner aquí «rara vez» no pasa de ser una simple cláusula de estilo sugerida por la cautela. La «virtud» es lo que no es «costumbre». Respeto a los que llamamos «vicio» habría mucho que hablar, por supuesto. Al fin y al cabo, y mal que nos pese—, las conductas censuradas como «vicios» están más cerca de la «naturalidad». La avaricia, la lujuria, la ira, son, ¡ay!, tremendamente «instintivas»; la largueza, la castidad, la paciencia, por el contrario, piden un esfuerzo áspero y continuado, un «dominio de sí» fuera de serie. Y me atrevería a sostener, a guisa de dato, que en la actualidad la «avaricia» no ha perdido un solo palmo de terreno. Por más que casi nadie «ahorra» con la ferocidad de un Harpagon, y por más que el consumo y su publicidad sean nuestro destino, predominan los «averos» sobre los generosos. Con una frecuencia escandalosa, el despilfarro sigue siendo avaricia: comprar hasta el último céntimo disponible, dedicarse a las etrapelias caras de la comilona, la juerga o el coche, es todavía avaricia. Incluso cuando median invitaciones o regalos a amigos y parentelas... Se podría repetir la reflexión a otros niveles. Y así vamos tirando.

En todo caso, la «virtud» no fue «costum-

bre» nunca, y sería chocante pretender que lo fuera hoy. Sospecho que, históricamente, sólo un muy determinado sector de la clase media ha intentado convertir las «virtudes» en norma corriente de vida. Ni en las alturas ni en las bajuras de la escala social se cultivaron los «prejuicios». A lo sumo, se han cuidado las apariencias, y ni siquiera con excesivo celo. Et que la clase media haya tendido a aspirar a la «virtud» es un fenómeno curioso, que los sociólogos aún no han explicado más que a medias. La burguesía tuvo que ser ascética en sus orígenes: las «virtudes», bien administradas, fueron bastante rentables, hace tres o cuatro siglos, y hasta lo eran en el siglo XIX, cuando las practicaban las familias acomodadas. Quizás en ello resida el secreto, y Marx Weber lo asegura. Pero la inclinación «virtuosa» se prolonga más allá de la expectativa de una «acumulación de capital» medianamente útil. Esas «clases medias» que no llegan al grado de «burguesía» han aguantado el tipo. Los problemas domésticos que hoy salen a la superficie, y que pesan en una evaluación global, no provienen de los de arriba ni de los de abajo. Toda esa crispación «ética» que tanto se airea, es cosa de una mesocracia a la vez perpleja y pertinaz.

La diferencia que apunta, sin embargo, es decisiva. No afecta a las «costumbres», insisto. Las costumbres de los chicos —y de los no tan chicos— de nuestros días no parecen ganar en «disolución» a las precedentes. El repertorio de contrastes que cabría esgrimir sería precioso: la Grecia de Alcibíades y Aristófanes, la Roma de Petronio o de Calígula, la otra Roma de los Borgia o de cualquier otra tribu simular, y todo el Renacimiento, y la Edad Media de Chaucer y de Jaime Roig, y el París de no sé cuántos Luises, y todo lo que ustedes quieran. Los focos de «inmoralidad» eran significativos. Básicamente, es de ellos que nos han llegado noticias documentales. El resto de las respectivas «sociedades» admite conjeturas razonables de que las cosas no eran muy distintas. Cuando en la Corte de Felipe IV de España las «costumbres» eran turbias, no lo fueron menos en las ciudades dispersas y subalternas y en la ancha área campesina. Los archivos lo demuestran, aunque los archivos, siempre «oficiales», no alcanzan a recoger en toda su amplitud la efervescencia popular. No «cualquiera tiempo pasado fue mejor», si a eso vamos. Sólo que en esos «tiempos pasados» a que aludo, la «virtud» tenía una particular vigencia como fantasma ideológico. La novedad consiste en esta impertinencia: a estas alturas las «virtudes» apenas son tenidas en cuenta como nociones estimulantes.

Puesto a improvisar, yo diría que, hoy, cuando la ciudadanía se comporta a su manera —y hasta donde puede, la pobre!—, no piensa en si conculca o no una «ley» moral concreta. No está en contra de la «virtud». Sentillamente, la virtud no entra en sus cálculos. Los «viciosos» más o menos antiguos se sabían «viciosos», porque para ellos la «virtud» continuaba siendo un «principio». La literatura europea es rica en testimonios acerca del particular. No importa si la reacción «literaturizada» era cinica o compungida. Villon y Ausias March iban cada cual a lo suyo, y don Juan y Otelo, y el marqués de Sade y Dostoiévski. Sade, pongo por caso, es un escritor obsesionado por la «virtud». Fue un gran «moralista», en resumidas cuentas. Ahora se le lee como si sólo fuera un tebeo pornográfico. ¡Patencial!... En los tiempos que corren, las tiermas mayorías sofocadas han optado por olvidarse de la «virtud». Aunque bastante menos de lo que se rumorea. Si el Decálogo mosaico puede tomarse como base, los preceptos de «No matar», «No mentir» y «No robar», todavía conservan un cierto prestigio. Se mata, se miente y se roba como siempre, claro está, y hasta tal vez un poco más; pero con «mala conciencia» y con «reproches». Eso es lo poco que queda en pie.

Seguir estas reflexiones nos llevaría lejos. Tendríamos que revisar, inevitablemente, la anécdota precisa de tales o cuales institutos que, por tradición, asumen el magisterio de las costumbres: las Iglesias, las escuelas, la «patria potestad» —o sea: los papás—, la jurisprudencia, los sabios con coturno. Ha habido muchos cambios ahí, de un tiempo a esta parte. Se produjo un «deshielo» del rigorismo doctrinal. Que, con ser leve, ya ha tenido enormes repercusiones. Las tendrá mayores, en el futuro... Pero será preferible dejarlo. En las presentes notas, mi propósito se limita a constatar evidencias. Y la primera es la que enuncié al comienzo: el panorama actual no es nada sombrío, ni siquiera desde la óptica de un misionero del padre Claret. Eso, en cuanto a los «acontecimientos». En cuanto a las «ideas», ya es otro cantar. La «virtud» se evapora. Todos somos relativamente «virtuosos» en el comportamiento —más que nuestro entero árbol genealógico, por término medio—, y lo somos sin la pretensión de serlo. La ira, la lujuria incluso, la pereza, la gula, y lo demás, encuentran un escuálido freno en la higiene, en la eficacia económica, en la ética de «digest», en un módico hedonismo de supervivencia. La «virtud» —cosas de la vida, y gusto o no— no importa.

Y nadie se llame a engaño. La «protesta» y la «represión» que se revisten de color «mo-

ralizante», no insólitas en ciertas latitudes, tampoco responden de veras a un «regreso a la Virtud» (ahora pongo la mayúscula). Son abruptos de otro origen. Cuando una mano presuntamente anónima ensucia con alquitrán —o con cualquier tinta indignada— un cartelito erótico que anuncia bebidas, cosméticos o ropa interior, y escribe el insulto «¡Cerdós!», o cuando un funcionario descarga su veto sobre unas líneas de novela o poema o sobre una escena de espectáculo, el gesto ya carece de toda relación con la «virtud». Nos equivocáramos de medio a medio, si, por un prurito de comparaciones aparatosas, estableciéramos un paralelo con la Edad Media o con la Inquisición. Sería un «paralelo» deficiente e históricamente recusable. La mayoría de las «defensas» de la Moral que hoy día se manifiestan proceden de la «política», y no de la «virtud». Las «virtudes» clásicas, sea en su alcance teológico, sea en el cálculo circunspecto de los filósofos, significaban un estímulo ideológico muy distinto. Tenían profundas consecuencias en el orden «político», no hace falta recordarlo. Pero el planteamiento era muy diferente. La «virtud» se está convirtiendo en coartada de motivos «extra-virtuosos»...

Lo cual, y dando un sesgo al comentario, podría dirigir nuestra atención a los nexos entre «política» y «virtud»: entre «política» y «moral». En mis aulas de joven, me hicieron ver que ya Maquiavelo había tirado de la manta. El listo de don Niccolò hizo una radiografía de los mecanismos del poder tan diáfana, tan precisa —dentro de sus recursos—, que después resultaba inadmisibles cualquier forma de «inocencia» acerca del tema. Con la Revolución Francesa se enturbió el planteamiento más de lo debido: Saint-Just Robespierre y los demás picos de oro de la operación volvieron a exhibir, si no «la Virtud», un fantasma muy parecido. Sus contradictores, luego, insistieron en ello, cada cual a su modo y por su lado. Sardá y Salvany, Croce, Maurras, por ejemplo. Y Proudhon, Kropotkin, Bakunin, por otro ejemplo. Y Mussolini y Hitler... Ultimamente, corren voces de que las «ideologías» están a punto de extinguirse. Si eso fuera verdad, equivaldría a volver a la limpieza de los análisis de Maquiavelo. O a los de Lenin, que, salvando lo salvable, y sin ánimo de improvisar paradojas, era algo pariente de Maquiavelo. Sin «ideologías», el poder sería sólo poder. Con «ideologías», el poder es poder y más cosas: para bien o para mal. Y, en resumidas cuentas, en «política», las «virtudes» y la «ideología» suelen combinarse con extraña complicidad...

Joan FUSTER